

Entrevista a Luis Roca Jusmet

Por la publicación de su libro *Manifiesto por una vida Verdadera* (NED, 2023)



Entrevista de Javier Gallego

La primera pregunta es obligada, ¿qué es una vida verdadera? La expresión proviene de un verso de Rimbaud, quien, curiosamente, abandonó su tormentosa vida como poeta para acabar siendo un traficante de esclavos. ¿Qué debemos entender por vida verdadera? ¿Es la búsqueda de experiencias que suban la adrenalina en un mundo anodino y previsible? ¿En qué manera sería tomar la famosa píldora roja de Morfeo en Matrix?

El libro es justamente un rodeo a la pregunta, que ciertamente no tiene una respuesta definitiva. Es una búsqueda que tiene algo de singular y algo de común. Desde esta parte común, que nos interpela a muchos, he querido proporcionar una caja de herramientas conceptuales y analíticas que puedan servir de material para ir encontrado el camino propio. Si me ha resonado la frase en Rimbaud es justamente porque venía de alguien que odiaba la retórica y que solo podía decirlo desde una visión muy auténtica. La vida verdadera tiene que ver, en todo caso, con una elección ética que da sentido a nuestra existencia que, aunque apueste por la vida, no es tampoco una búsqueda de experiencias intensas. Y, por supuesto, vinculada a la idea de libertad.

Como bien se señala estas son maneras de cultivar el espíritu a través de movimientos corporales, que conecta con la manera oriental de entender a la persona. A primera vista podríamos emparentarlos con el coaching y con la tribu psi, que decía Lacan. Ya en la última parte del ensayo denuncias las cualidades que la filosofía opone a esta retórica. ¿Cuáles son las diferencias esenciales entre estas dos maneras de concebir el método?

Señalas dos peligros que he intentado sortear, pero que han ido planeando sobre mi escrito. Uno es el de convertirlo en un libro de autoayuda que venga a llenar este mercado editorial como uno más para ofrecer fórmulas para la felicidad. El título podía dar lugar a esta confusión, aunque creo que consigo evita esta deriva. No he querido dar consejos ni pautas respecto a cómo vivir, como he dicho al principio, solo hacer sugerencias que pueden ayudar al trabajo de transformación de sí que el lector ha de hacer necesariamente. Otro es el de perderme en una retórica pseudofilosófica, lo he intentado evitar con un estilo sobrio y claro, que siempre ponga de manifiesto de que estoy hablando y no pueda perderme en un océano de palabras que suenen bien.

Has escogido a Pierre Hadot y Michel Foucault porque entienden la filosofía como una tecnología del yo, heredando de las instrucciones de Marco Aurelio y los estoicos. ¿Por qué no ampliar la selección? ¿Cuáles son las propuestas que los hacen fundamentales frente a otros filósofos como Ignacio de Loyola, inventor del término, por ejemplo? ¿Cuál es la aportación de François Jullien en este contexto?

Bueno, no creo que la propuesta de Pierre Hadot y de Michel Foucault sean, en este sentido, la misma. Hadot nunca acepta hablar de tecnologías del yo y esto es justamente lo que critica a Foucault, el que entienda las propuestas de las escuelas alejandrino-romanas de la Antigüedad clásica como tecnologías del yo. Para Pierre Hadot son ejercicios espirituales para superar el yo, que es muy diferente. La lectura que hacen ambos del estoicismo es diferente. No solo referido Marco Aurelio, también es Epicteto y Séneca. Pero Hadot también es ecléctico, está muy influenciado por otras escuelas, como el neoplatonismo, si hablamos de los antiguos. Foucault, en cambio en sus últimos cursos se refiere mucho a Sócrates y a los cínicos. Pierre Hadot no quiere dar a los ejercicios espirituales un sentido confesional,

como hace Ignacio de Loyola, porque le parece limitado. Foucault va más lejos al denunciar que lo que hace el cristianismo es poner estas prácticas al servicio de la obediencia, lo cual va totalmente en contra de su espíritu original. Respecto a François Jullien es interesante lo que aprende de la sabiduría china para replantearse lo que es una vida verdadera, o un vivir existiendo, como dice en otro libro, con lo que toma referencias diferentes pero en esta misma búsqueda de una vida verdadera.

Tanto Hadot como Foucault reivindican los métodos estoicos, sin embargo, este último, al final del primer volumen de su Historia de la sexualidad, optaba rotundamente por “el cuerpo y los placeres”, con raíces que podríamos situar en el hedonismo y el epicureísmo. ¿En qué sentido el cuidado de sí hibrida ambas tradiciones?

El mismo Hadot le recrimina a Foucault que utilice demasiado el estoicismo cuando su planteamiento es mucho más en la línea de Epicuro. Lo cierto es que Foucault hace unas referencias al placer que tienen poco de estoico. Pero el mismo Hadot considera que hay que buscar un encuentro entre el rigor y sentido

del deber de los estoicos y la alegría y el placer de vivir de los epicúreos. Considera que esto se da en Kant. Los dos defienden un buen eclecticismo, aunque Foucault puede tener una cierta afinidad con el hedonismo, del que Hadot está totalmente alejado.

La finalidad es la vida verdadera, en ese sentido, tienen puntos en común con la propuesta existencialista. En especial con el compromiso, con la reivindicación de la parresía y coherentemente en su actuación pública. ¿No estaba superada ya la figura del intelectual comprometido? ¿Hay que reivindicarla, como los cantautores?

No creo que ninguno de los tres (Hadot, Foucault, Jullien) quiera representar la figura del “intelectual comprometido”. Ni, en la línea del psicoanálisis, Lacan o Allouch. Quizás incluso en alguno de ellos falta apostar más claramente por la dimensión política de su propuesta ética. Porque si perdemos la dimensión política sería una propuesta que podría ser reabsorbida por el neoliberalismo. La emancipación pienso que tiene que ir por una vía ética y por otra política. Aunque en mi manifiesto trato sobre todo el aspecto ético no quiero que se pierda nunca de vista el aspecto

político. Foucault el que tenía más claro la necesidad de un compromiso político, aunque siempre fuera de manera no partidaria (militó muy poco tiempo y con bastante malestar, en el Partido Comunista Francés). Él nunca aceptó presentarse como un “intelectual orgánico”, aunque siempre reivindicó la función crítica de sus trabajos y él mismo se implicó en muchas luchas políticas.

Michel de Certeau, quien tiene muchos puntos en común con estas posiciones, dirigió una investigación sobre Las artes del hacer. ¿Crees que sería necesario complementar estos ejercicios espirituales para materialistas con reflexiones en la vida cotidiana o más bien los ejercicios son maneras de afrontarla, de hacer un aparte para recargar fuerzas? En este sentido, como señalas en el texto, la concepción del poder y la subjetivación foucaultiana, descubren el carácter “creador” del poder, más allá de la conciencia estrecha del poder como coerción.

Estos ejercicios son muy heterogéneos. Algunos (lectura, dialogo) son para transformar nuestra mirada y nuestra forma de pensar a través de ideas. Otros (escritura de sí, autoexamen) tienen que ver con reflexiones

sobre lo cotidiano. Finalmente, los ejercicios chinos de los que habla Jullien para “nutrir la vida” si tienen este sentido de recarga. Se trata, si seguimos a Foucault y Jullien (y quizás el psicoanálisis) de construirse como sujeto ético, de desarrollar la propia singularidad. O como para Hadot, salir de lo singular para abrirse a lo universal.

Los procedimientos descritos van dirigidos, tanto los estoicos como el controvertido psicoanálisis lacaniano, hacia la construcción del yo. Un fortalecimiento que también aconsejaba Gramsci en sus escritos sobre la educación. Este sería un primer paso, ¿habría luego que concebir unas estrategias para conocer el mundo y actuar sobre él? ¿Sería necesario una revisión del marxismo en cuanto a praxis o la literatura utópica que marcara los fines de esa transformación social?

Cuando hablamos de “construcción del yo” hay que matizar. Pierre Hadot critica a Foucault porque considera que no hay en los estoicos esta idea de “yo”. Incluso Foucault quiere desmarcarse, como hace explícitamente Lacan, de una ficción del yo como autoimagen, como identificación. Hablan del sujeto como algo diferente de este

“yo”. En el caso de Foucault es un sujeto que vamos construyendo desde una elección ético-estética y en Lacan es el sujeto que procede del deseo del inconsciente.

Con respecto a lo que planteas referido a Gramsci y al marxismo hay aquí toda una problemática fundamental que es la dimensión política de esta vida verdadera. Hago referencia en el libro, pero no es el tema fundamental. Pienso que hay un complemento (como ya he señalado antes) a veces complicado, entre la ética y la política, entendidos respectivamente como transformación de sí y como de transformación de la sociedad. Ambas son necesarias y ninguna de las dos implica la otra. Hay que pensar como articular las propuestas éticas con las políticas. La utopía puede entenderse como este motor de cambio, tanto en un ámbito como otro. No como promesa de un estado final. Desconfío de los -ismos pero Marx y Gramsci deben tenerse en cuenta en este proyecto.

En sus cursos sobre la filosofía, Ortega simplificaba la tradición racionalista en el “cogito ergo Sum” y se preguntaba qué vendría luego. Vivir es la opción de su racional vitalismo. ¿Serían estos ejercicios espirituales

una fase intermedia antes de atacar las circunstancias?

Por una parte, somos producto de las circunstancias y estamos siempre en relación. En este sentido no podemos abstraer el “yo” de las circunstancias, como bien dice Ortega y Gasset. Pero desde otra perspectiva podemos considerar que estos ejercicios nos preparan para estar “a la altura de las circunstancias”, es decir, para prepararnos para ser capaces de dar una respuesta singular y adecuada a cada una de las situaciones que vivimos, que muchas veces son imprevisibles y en ocasiones tan complicadas que parecen desbordarnos.

La vida verdadera es el objetivo de esta propuesta, ¿qué hay de la cuestión de afrontar la muerte, tema tan esencial en la tradición filosófica?

Esta es otra cuestión fundamental. Spinoza, a quién no cito mucho pero que está en el trasfondo del libro, decía que un sabio piensa en la vida, no en la muerte. Pierre Hadot, en cambio, dice, con Platón, que filosofar es “aprender a morir”. Pienso que los dos tienen, paradójicamente, razón, ya que su oposición es solamente aparente. Lo que ocurre es que lo enfocan desde aspecto muy diferentes:

Spinoza plantea que hay que centrarse en la vida y Platón que no hay que olvidar que esta vida es finita. La vida verdadera implica, sin duda, las dos cosas. Somos, como decía Heidegger, un ser-para-la muerte. Hemos de aprender a vivir sabiendo nuestra finitud y hemos de estar preparados para morir. Aprender a vivir y aprender a morir, como plantea Hadot, es lo mismo.